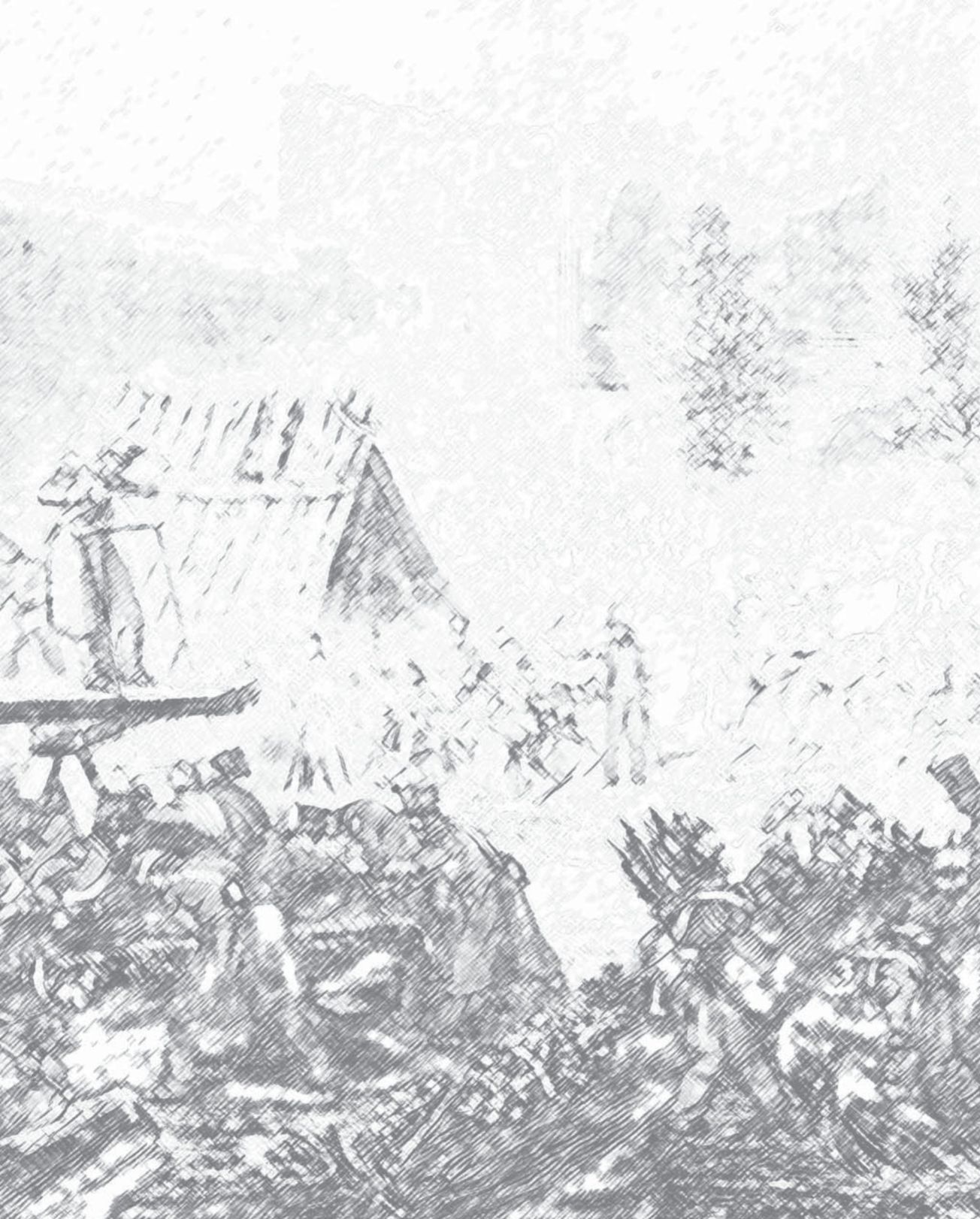


LA CIUDAD DE BURGOS EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Años de ocupación y resistencia

Félix Castrillejo Ibáñez





LA CIUDAD DE BURGOS EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

Años de ocupación y resistencia

1.- Los primeros compases de la guerra en Burgos

Tradicionalmente se ha considerado el levantamiento del pueblo madrileño el 2 de mayo como el pistoletazo de salida de una sangrienta contienda que se iba a prolongar durante más de cinco años. Sin embargo, en Burgos, como en otros muchos lugares, se habían producido ya, incluso antes, las primeras fricciones. El desabastecimiento de la población o un notable descenso en la calidad de la carne propició el 13 de noviembre de 1807, un gran tumulto y, como apunta Anselmo Salvá, se “originó de esta manera el primer choque entre los burgaleses y la soldadesca de Napoleón. Costó no pequeño trabajo aplacar a la gente y sofocar los varios motines que habían estallado, y si los jefes franceses consiguieron poner coto a las

+

AVISO AL PUBLICO.

Debiendo llegar de un día á otro á esta Ciudad S. M. I. y R. el Gran Napoleón Inviecto Emperador de los Franceses, deben gloriarse todos los habitantes de tener en su Pueblo á un Heroe superior á los conocidos en la Historia.

Es la voluntad del Rey nuestro Señor se le hagan los mismos honores, vivas, y aclamaciones que si fuera á su misma Real Persona, y no puede hacersele al Rey mayor servicio, que conformarse en todo á esta su Real Orden.

Asi me lo prometo del tan acendrado zelo y fidelidad de los habitantes de esta Ciudad, que en todas ocasiones acreditan con tanta particularidad su amor al Rey, y estoy seguro de que darán pruebas del alto aprecio con que admiran al augusto Soberano de una Nacion la mas estrecha y fiel aliada de S. M. y de la España. Burgos y Abril 9. de 1808.

Josef Bernardo Itigo de Angulo.

Por mand. de su Sria.
Vicente de Mariscal.

demasiás de las fuerzas a sus órdenes, quedó ya establecida una situación delicada y peligrosa, que para el Ayuntamiento fue motivo de serias preocupaciones y asiduos cuidados”.

Meses más tarde, el 18 de abril a primeras horas de la mañana, tendrá lugar el precedente local del levantamiento madrileño, que autores como Albarelos y García de Quevedo han calificado como “el Dos de Mayo burgalés”. Los sucesos son fruto del descontento imperante en parte de la población contra las tropas francesas que cada vez actuaban más como en país conquistado. La detención de un correo español que venía de Vitoria, donde estaba el Monarca, hacia Burgos camino de Madrid dio lugar al inicio del motín. Se formó un gran tumulto que obligó al intendente a refugiarse en el Palacio Arzobispal, a cuya puerta había una guardia de franceses.

“Viendo esto dichas gentes, que más me pareció basura que personas, volvieron a vocear: ¡muera!, ¡muera!, ¡muera!, de modo que queriendo, a pedradas, los muchachos atropellar la guardia y por último decían: ¡fuera de ahí esa guardia!, atropellaron unos bárbaros a quitar el fusil a la centinela y darlos y darlos de palos; esto que vio el Comandante que tenían, mandó hacer fuego.

A la primera descarga tres hombres quedaron muertos en el suelo, de este modo se retiró la gente”.

El texto, escrito con la simplicidad propia de un artesano de la época –un tornero llamado Marcos Palomar– demuestra cómo el descontento contra el pretendido aliado francés había calado entre los burgaleses, aunque a pesar de las molestias y el descontento generalizado, aún había una parte de la población, incluso entre las clases bajas, que seguía estando con el orden “oficialmente” establecido.

Un mes más tarde, toda España se había levantado en armas contra los franceses y distintas Juntas dirigían la sublevación en Asturias, Andalucía, Galicia, Murcia y Aragón. La provincia burgalesa se encontraba ocupada por tropas francesas y se va a convertir en un enclave básico para Napoleón, como vía de paso en el camino hacia Portugal por un lado y Madrid y el sur por otro. La Ciudad, especialmente, era un punto vital y va a contar siempre con varios miles de soldados que se convertirán en una pesada carga para el vecindario. Como la afluencia de tropas era constante, los pocos efectivos españoles que quedaban en la ciudad fueron enviados a Tardajos,



AL PUEBLO BURGALÉS,
QUE ANTES QUE NINGUNO DE
ESPAÑA SE ALZÓ CONTRA LOS
FRANCESES INVASORES

EN ESTA PLAZA, DONDE MURIERON POR
LA PATRIA, MANUEL DE LA TORRE,
NICOLÁS GUTIÉRREZ Y TOMÁS GREDILLA,
EL 18 DE ABRIL DE 1808.

A LOS HEROICOS VOCALES DE
LA JUNTA SUPERIOR DE BURGOS:
JOSÉ ORTIZ DE COVARRUBIAS, PEDRO GORDO,
EUGENIO JOSÉ MURO Y JOSÉ GREGORIO NAVAS,
MÁRTIRES DE LA INDEPENDENCIA
PATRIA, AHORCADOS EN SORIA
EL 2 DE ABRIL DE 1812.

EL AYUNTAMIENTO DE BURGOS, 1937

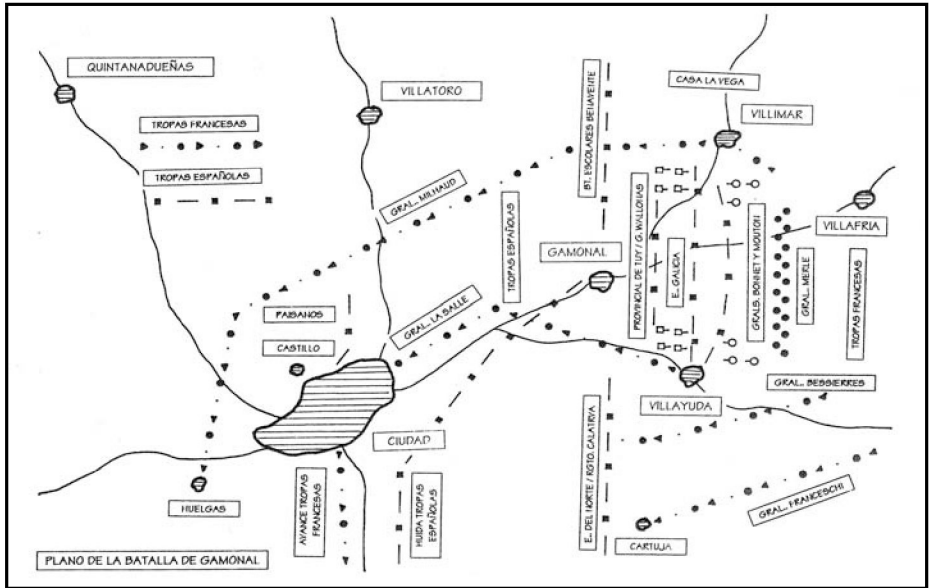
Lápida colocada en la parte posterior del Arco de Santa María que recuerda a los caídos en la lucha contra la invasión francesa

donde no había acuartelamiento de ningún tipo, empezando enseguida las desertiones. Muchos burgaleses abandonan también la capital burgalesa, unos, como el Capitán General don Gregorio de la Cuesta, el Bailio de Marina Valdés y el Marqués de Barriolucio entre los más destacados, para unirse a las filas de los ejércitos españoles que luchan ya contra los franceses y otros por escapar de una situación que se intuía como insoportable.

La batalla de Bailén (17 de julio), cuando la ocupación de la península por los franceses parecía inevitable, les va a obligar a abandonar la Corte y replegarse hacia la línea del Ebro. El 22 de septiembre abandonan sus posiciones en el Castillo y en Gamonal, replegándose aceleradamente hacia el Norte, ante el júbilo de la mayoría de los burgaleses.

Una semana más tarde se leyó el decreto del Consejo de Castilla, de fecha 12 de agosto, por el que se anulaba la abdicación de la Corona hecha por Fernando VII, la Constitución de Bayona y todo lo dispuesto por el rey José, y se ordenaba eliminar en las actas capitulares la proclamación del monarca extranjero.

Se reciben invitaciones para el alistamiento de los mozos burgaleses por parte de Blake, en carta fechada en Trespaderne el 23 de septiembre que se lee en el regimiento de 29 de ese mes, en cuyo ejército se encuentra el Marqués de Barriolucio que pasará a informar al Ayuntamiento y otra, desde Burgo de Osma, de Gregorio de la Cuesta, procurando quitar el temor a la Ciudad por la posible vuelta de los franceses e invitando al



De "La resistencia de las tropas francesas en el Castillo de Burgos"

Ayuntamiento a que movilizara todos los hombres útiles de 20 a 40 años y los enviara al ejército de Castilla.

A partir de mediados de octubre todo son preparativos ante la inminente vuelta de los franceses. Se ordenó recoger la pólvora y balas que se hallaran para hacer cartuchos, se dispusieron patrullas, avanzadas y vigías, se prohibió todo disparo de cohetes dentro de la Ciudad y se buscó a cuantas personas tenían armas y podían usarlas.

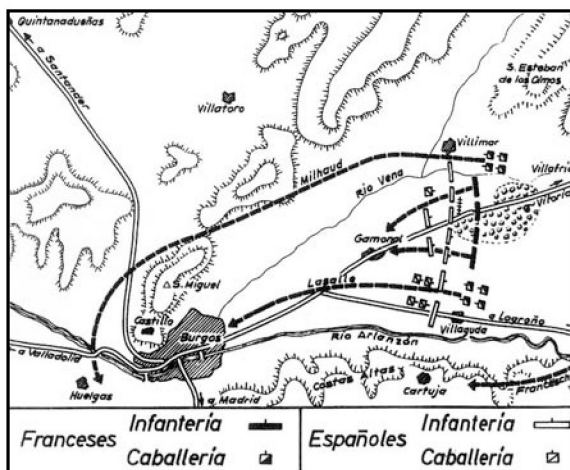
Preparativos que no eran vanos ya que Napoleón en persona llegó a Vitoria la noche del 5 al 6 de noviembre, dispuesto a ponerse al frente de las operaciones y recuperar el terreno perdido. Los efectivos enviados a Burgos por la Junta de Generales, que dirigía las operaciones desde Madrid, no llegaban a los 13.000 hombres mal equipados y armados, hasta el punto de que la insistencia y repetidas quejas de su jefe, el teniente coronel José Galluzo, habían provocado su sustitución por el joven e inexperto Conde de Belveder. Estas tropas llegarán a Burgos el 7 de noviembre, entablándose ese mismo día las primeras escaramuzas en el bosque de Gamonal con las avanzadillas enemigas, que se vieron forzadas a repliegarse.

La madrugada del 10 de noviembre se produce el choque entre los españoles y las avanzadas de la Caballería de Lasalle que se retiran hacia Rubena para atraer al enemigo y dar tiempo a que la infantería de Mouton, que venía de Briviesca, entrara en línea. Ante fuerzas tan numerosas, las españolas retrocedieron en desorden hacia el bosque de Gamonal y allí se entabló la auténtica batalla. La caballería de Lasalle avanzó desde Villafría contra las posiciones españolas, situadas entre el bosque de Gamonal y el Arlanzón, mientras la infantería de Mouton atacaba en columna cerrada el citado bosque, pese al nutrido fuego de artillería y fusilería con que fueron recibidos. Ante la firmeza y empuje del enemigo, nuestras tropas -excesivamente bisoñas- terminaron por desbandarse y únicamente un batallón de guardias Valonas, compuesto por 300 veteranos bajo el mando de Vicente Genaro de Quesada, resistió formando cuadro hasta ser prácticamente diezmado.

Igualmente quedaban desbaratadas al poco tiempo el ala derecha, donde el general Henestrosa al frente de sus dos regimientos de Húsares intentó vanamente frenar la arrolladora carga de los jinetes de Lasalle, y el ala izquierda, amenazada de cerca por los dragones de Milhaud, que desembocaban ya desde Villafría. A partir de ese momento cunde el pánico entre los soldados del ejército de Extremadura y los paisanos armados que Belveder había enviado a guarnecer las alturas inmediatas a Burgos. Todos abandonaron sus posiciones y se retiraron en desorden, seguidos de cerca por los vencedores

que entraron en la ciudad mezclados con ellos.

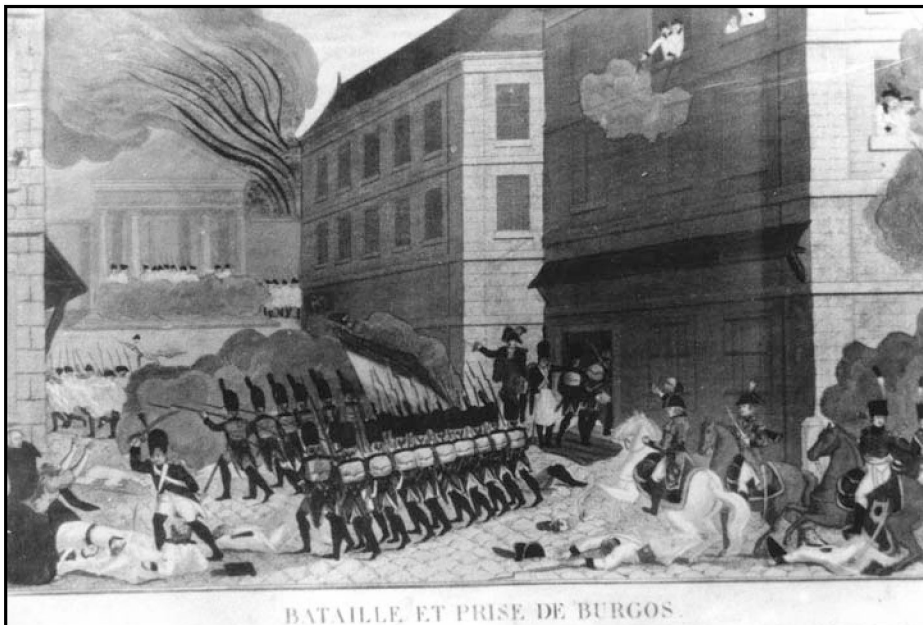
Anselmo Salvá nos proporciona una versión dramatizada, seguramente con buenas dosis de imaginación, de la magnitud del desastre: “Bezières llegó por otro lado a escape con más caballería, ocupó el puente de la carretera, cruzó el Arlanzón y dio orden de acuchillar a cuantos españoles pasaran. Empezaron a entrar



Las tropas españolas, muy inferiores en número, no pudieron detener a las francesas en las proximidades de Burgos

en la ciudad, como queda dicho, cerca del mediodía. La caballería de Soutl y de Lasalle persiguieron a los españoles por todo el camino de Gamonal, acuchillando bárbaramente a cuantos alcanzaban. De uno y otro lado del Arlanzón venían los pobres fugitivos y en uno y otro lado encontraron muchísimos horrible muerte; al río se arrojaron no pocos y dentro del río fueron degollados. Así dejaron la vida unos 2.000 hombres, entre paisanos y soldados, después de haber perdido bastantes cañones y algunas banderas, y de haber quedado no pocos prisioneros en manos del enemigo”.

El brigadier Ordavás intentó contener el pánico de sus tropas a la salida de la ciudad, aprovechando la llegada de dos batallones de voluntarios que venían marchando desde Lerma, pero éstos se contagiaron del terror que imperaba en las unidades que habían tomado parte en la lucha y retrocedieron con ellas, llegando todos aquella noche, en revuelta confusión, a la Villa Ducal. Según estimaciones franceses las bajas de su ejército se redujeron a 50 muertos y 150 heridos y las españolas ascendieron a 2.500 muertos y 900 prisioneros, cifra ésta evidentemente exagerada, pues fuentes más fiables estiman las pérdidas (incluidos muertos, heridos y prisioneros) en 2.000 hombres.



La ciudad fue sometida a un atroz saqueo, como atestiguan los documentos de la época. La descripción de Marcos Palomar es harto expresiva: “No puedo asegurar ciertamente lo que duró el saqueo, sólo digo que no dejaron casa, iglesia, convento que no fuese destrozado. Un improvisado cronista capitular incide también en su magnitud: “...Esta Santa Iglesia fue preservada del saqueo excepto el Vino, Aceite y Cera, pero todas las demás Iglesias Parroquiales y conventos sufrieron el saqueo, como todas las casas de la Ciudad, cuantos paisanos se encontraban en las calles eran muertos, y aún en sus casas, todo se despobló...”.

La llegada de Napoleón a la Ciudad el 11 de noviembre, donde permaneció hasta el 22 en que salió para Madrid, permitió un relativo restablecimiento del orden, con lo que volvieron algunas de las familias que habían huido antes de la entrada de los franceses. Junto con otras medidas se ordenó sustituir el Ayuntamiento por una Junta de Municipalidad y Gobierno que, a pesar de sus esfuerzos, no pudo impedir que la situación en Burgos siguiera siendo caótica. Cuando su sucesor Thiebalt llega a la Ciudad a mediados de enero de 1809, el espectáculo que encuentra le impresiona y nos deja en sus memorias esta escalofriante descripción:

“Me puse a recorrer la ciudad, y Dios me es testigo de que tuve el más triste espectáculo, resultado de dos meses de abominaciones. (...) por todas partes la ruina, el hambre, la desesperación, la peste, y como remedio la muerte... Tres pies de inmundicias cubrían e infectaban todas las calles y para poder transitar se habían limitado a hacer, a pico, caminos a través de la masa de escombros y basuras, entre los cuales se hallaban, después del combate librado para tomar a Burgos, pasados sesenta días, más de doscientos cadáveres de caballos y más de cien cadáveres de humanos. No se abría ninguna tienda, no se celebraban mercados; nadie se ocupaba ni de la administración ni de la justicia. La fuerza, la brutalidad, la violencia, constituían el único derecho...”.

2.-Los años de ocupación

A partir de ese momento se suceden años de ocupación, enormemente duros para el vecindario. Los burgaleses que habían permanecido en la ciudad debían soportar la convivencia con un ejército que se consideraba con el derecho de reclamar todo lo que quería o necesitaba.



Ciudadanos a los que la Junta de Municipalidad requiere en múltiples ocasiones para atender las demandas de los franceses –todas las casas debían alojar a un determinado número de soldados, según las necesidades de cada momento, mientras las caballerías y carruajes eran requisados- y a los que se sobrecarga bajo el peso de contribuciones y arbitrios que, en muchas ocasiones, no pueden pagar. El impuesto básico era la única contribución, vigente desde principios de 1809. En 1811 correspondió a Burgos y su partido 5.951 fanegas de trigo (a 50 reales), 15.000 fanegas de cebada (a 30 reales), 400 fanegas de legumbres (a 50 reales) y 200.000 cargas de paja (a 2 reales) además de 1.789.079 reales en metálico. En total, representaban 2.556.629 reales. Cantidad realmente elevada si tenemos en cuenta que se repartía entre una población diezmada, con pocos recursos y sometida además a imposiciones extraordinarias o indirectas (arbitrios, portazgos, etc.) que repercutían ampliamente sobre el precio final de la mayoría de los productos que sufrían, además, la especulación de los revendedores.

Las pocas líneas que dedica Palomar a estos temas son suficientemente expresivas:

“... en el mes de Agosto, llegó a valer el pan cuartal a 39 cuartos; la hogaza a 9 reales; el pan de munición a 25 cuartos, habiendo valido todo el año hasta aquí a bastante precio.

Hablando por mí, digo que tuve de contribución 51 reales, 26 maravedís mensuales. Pagué algunos meses a este precio; volvimos a representar que no podía ser el pagar, me rebajaron a 30 reales mensuales.

Al que no pagaba le dejaban un soldado de guardia, a quien había que darle 4 reales, pan y vino, hasta que iba a pagar”.

Y la situación se va a agravar en 1812, el año del hambre, llegando a valer el pan a casi 8 reales y la hogaza de dos panes a 15. El hambre se generalizó y, para colmo de males, los hospitales y asilos estaban ocupados por militares, por lo que el Cabildo acordó emplear todas las rentas del Hospital de Barrantes en asistir a domicilio a los enfermos pobres para que no murieran en la calle sin asistencia. A tal extremo llegó la miseria del pueblo que los propios franceses abrieron entre ellos una suscripción nacional para aliviar tanta pobreza e instaron a los burgaleses a hacer lo mismo.

Había que atender, además, las continuas demandas francesas de raciones: carne, pan, galletas, legumbres, tocino, vino y licores, que resultaban difíciles de conseguir por el gran número diario que se precisaban, situación que en determinadas épocas se veía agravada ante la llegada o simplemente la proximidad de nuevas tropas a las que era forzoso avituallar para el viaje.

Otras demandas no eran tan gravosas, pero sí pesadas o desagradables. A la ciudad recurrían las autoridades francesas para solventar las más diversas necesidades: faroles para el alumbrado de sus casas; ropas de cama y mesa para los generales, además del lavado y planchado de las mismas; utensilios de cocina, muebles, objetos de escritorio, mantelerías, vajilla de plata, colgaduras, candelabros y lámparas y otros mil objetos que generalmente no devolvían. Se impuso la organización de una Guardia Nacional, sin resultado, y una Guardia Cívica, para cuya formación se topó con las mismas dificultades, optándose a mediados de 1810 por hacer un llamamiento general a todos los habitantes de los 17 a los 60 años. El propio Palomar, según nos cuenta en su diario, fue uno de los “cívicos” y cómo, a finales de 1811, esta guardia se disolvió.

El Ayuntamiento tuvo que organizar y asistir a la celebración de un buen número de fiestas exigidas por las autoridades francesas con motivo de efemérides tales como el santo de José I o el de Napoleón, el traslado de los restos del Cid o, incluso, las victorias imperiales en el continente.

3.- Los últimos coletazos de la contienda

a.- Captura y ejecución de la Junta de Burgos

La Junta de Burgos se había constituido, a instancias de Francisco Fernández de Castro, Marqués de Barriolucio, en Salas de los Infantes, en junio de 1809, para organizar la lucha contra los franceses, al no poder

establecerse en Burgos, ocupada por las tropas enemigas. La Junta Suprema aprobó su formación, fijando una serie de condiciones como la que “fuese sólo de partido, que no tuviese residencia fija, que estuviese sujeta como todas las de Castilla a la de Ciudad Rodrigo, que enterase a ésta del número de gente, de caballos y de armas que reuniera y de las operaciones que ejecutara, y que estudiase con detenimiento el medio seguro de mantener con los superiores la correspondencia necesaria”.

En Marzo de 1812, encontrándose la Junta en la provincia de Segovia, fueron capturados varios de sus miembros por los franceses y posteriormente ejecutados en Soria. De las descripciones existentes, nos quedamos con la de Albarellos en sus Efemérides Burgalesas que, despojada de su ropaje literario, proporciona una ajustada descripción de lo que pudo ser el desarrollo de los acontecimientos:

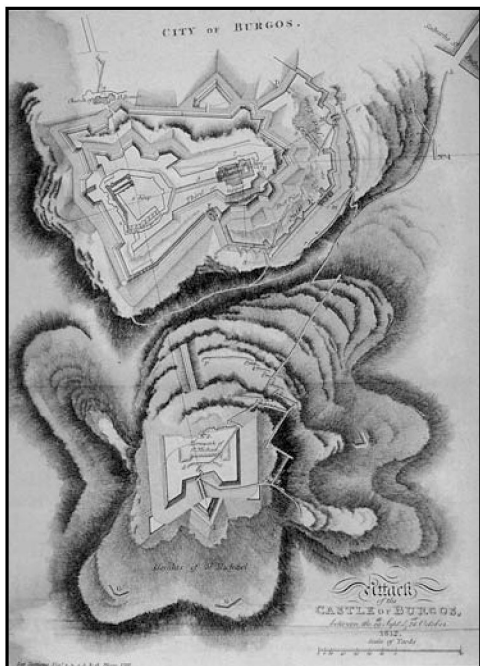
“...Después de ser objeto de toda clase de insultos y malos tratamientos, los prisioneros fueron conducidos a pie, sin comer y medio desnudos, sufriendo en el camino tales fatigas que tuvieron que asirse a las colas de los caballos para continuar andando, porque el cansancio les vencía. Pernoctando en Ayllón, llegaron al día siguiente a Aranda, y de allí continuaron su triste viaje a Soria, cargados de grillos y arrojados en un carro.

Un tribunal militar, con la precipitación que en tiempo de guerra se acostumbra, los condenó a muerte, ejecutándose la cruel sentencia el día 2 de abril...

Al día siguiente, concedido permiso para su inhumación, fueron llevados a enterrar a la iglesia del Salvador, concurriendo al acto el clero, la nobleza, las cofradías y casi todo el pueblo de Soria, que quiso así rendir un homenaje a los infortunados mártires de la Patria.

Pero sin duda la improvisada manifestación disgustó a los franceses, porque antes de que terminase la ceremonia, fue interrumpida en la misma iglesia por la tropa, que a viva fuerza obligó a los celebrantes a cargar con los cadáveres y llevarlos al lugar de la ejecución, para colgarlos nuevamente de la horca y enterrarlos luego al pie de ella.

Pendientes de ésta permanecieron los cadáveres durante muchos días, al alcance de las aves y los perros, que los devoraron el parte,



"City of Burgos. Attack of the castle of Burgos between the 19th september - 21st october, 1812"

hasta que rotas las cuerdas y caídos aquéllos al suelo fueron enterrados sin ceremonia alguna en el sitio mismo del suplicio".

Con los vocales que se salvaron se reconstruyó la Junta bajo la presidencia de Vicente Simón de la Puente, canónigo de Burgos, que siguió operando desde la Sierra de la Demanda. Merino, en represalia por la acción francesa, mandó fusilar 110 prisioneros.

b.- El asedio del Castillo

El 18 de septiembre de 1812, tras la batalla de Arapiles, se presentó a la vista de la ciudad el ejército español. El grueso de las tropas francesas se había retirado para recomponer sus fuerzas, pero en el Castillo quedaba una guarnición, al mando del general

Dubreton, con unos dos mil hombres. Antes de atacar el Castillo era preciso tomar un hornabeque que dominaba el único acceso viable a la fortaleza. Se consiguió gracias a un ataque secundario, cuando había fallado el asalto principal, pero a costa de un número desmesurado de bajas: más de 400 hombres.

Se suceden las operaciones de asedio, menudeándose los ataques sin conseguir el objetivo de tomar la fortaleza, a pesar de la utilización de minas que resultaron infructuosas. Para los burgaleses, una vez pasada la euforia inicial producida por la liberación, volvieron las preocupaciones. Los requerimientos del ejército español no eran menores que los del francés. Castaños pidió que todos los vecinos proporcionaran "los sacos, los cestos, los jergones, los cajones, las ollas, los zapatos, los clavos que tuvieran. Pidió todos los vestuarios y efectos que el enemigo había confiado a los regidores, e impuso a la comarca un millón de contribución extraordinaria de guerra, con el fin de que la

Municipalidad adquiriera víveres para el ejército”. El Intendente militar pidió también zapatos y botas, miles de herraduras y clavos, sacos, picos, carros, municiones y otros muchos efectos que el Ayuntamiento se veía en la imposibilidad de proporcionar.

Finalmente Wellington debió ordenar el fin del asedio y emprender la retirada ante la proximidad de tropas francesas por el norte. Las bajas de la guarnición sitiada ascendían a 300 muertos y unos cuantos heridos de gravedad, mientras que las de los aliados eran siete veces más y se había perdido una gran cantidad de equipo.

c.- El fin de la ocupación

Aún permanecieron los franceses unos cuantos meses más en la ciudad, incrementando sus exigencias de alojamiento y aprovisionamiento, mientras la suerte de la guerra iba volviéndose cada vez más contraria a sus intereses.

El 6 de enero se produjo uno de los característicos golpes de mano de Merino que demuestra cómo la posición francesa era cada vez más precaria. El guerrillero burgalés, que ya había participado en la toma del hornabeque en los prolegómenos del asedio al Castillo, volvió a repetir suerte. Uno de sus oficiales con 200 hombres se dirigió a los arrabales de la población, emboscándose en el barranco existente entre el Castillo y el cerro de San Miguel. Así lo describe Albarellos:

“Agazapados entre las piedras y la maleza permanecieron los guerrilleros hasta que llegase la hora propicia para el golpe que preparaban. La mitad de ellos iban disfrazados de franceses, y eran los que debían realizar la parte más peligrosa. A la una de la mañana resonó entre las sombras de la noche un nutrido fuego de fusilería, y los bravos guerrilleros se dirigieron hacia el fuerte dispuestos a asaltarle. La guarnición se aprestó precipitadamente a la defensa, pero mientras acudía a un lado para rechazar el asalto, los disfrazados penetraban por la parte de la gola, sin encontrar el menor obstáculo, pues los centinelas, engañados por los uniformes, creyeron que eran tropas francesas que iban en su auxilio.

En un momento los defensores del hornabeque se encontraron atacados por todas partes, y antes de que se repusieran de la sorpresa,

ya los soldados de Merino habían coronado los parapetos. Toda la guarnición cayó prisionera de los españoles, desarrollándose el ataque con tal rapidez, que cuando las tropas del castillo acudieron en socorro de sus compañeros, los nuestros se habían alejado de aquellos parajes, llevando consigo a los prisioneros”.

Conscientes de que el peligro era cada vez más inminente, los franceses abandonaron los barrios periféricos como Huelgas, Hospital del Rey y hasta San Nicolás y la Merced, para asentarse dentro de las estacadas que cerraban la ciudad, lo que agravó el problema de los alojamientos.

Mientras tanto, la suerte de la guerra era cada vez más favorable para la causa española y los ocupantes tuvieron que prepararse para abandonar nuestra ciudad. Desde los últimos días de mayo se pudo observar -afirma Salvá- “cierta agitación en las tropas, desusados movimientos en los jefes, trabajos especiales y continuados en el castillo y expresión de angustia en el semblante de los hombres civiles españoles que a los intrusos seguían”.

El 9 llega a Burgos el rey José, con un voluminoso equipaje -el famoso convoy en el que se llevaban numerosas obras de arte y que fue recuperado antes de salir de España- en franca retirada ante el avance del ejército de Wellington que terminaría alcanzándole y derrotándole poco después en Vitoria. La madrugada del 13 de junio sale todo el cuartel general y la mayor parte de las tropas, recogiendo a su paso a las acantonadas en las afueras. Con ellos parten funcionarios españoles y personas que habían simpatizado con la causa francesa. Quedan sólo algunas compañías en el Castillo encargadas de dar fuego a las minas con las que se había planeado volar la fortaleza y los pertrechos que no habían podido llevarse. Así lo describe nuestro artesano:

“Todas las bombas y granadas que tenían cargadas, para si se ofrecía bombardear desde el castillo, lo metieron todo en la mina, las que reventaron con la mina que esparcieron por toda la ciudad y su contorno.

Prodigio de la Santísima Trinidad; no llegó a tocar ni casco a persona alguna, mujer, chico u hombre del paisanaje, solo contra ellos se volvieron los cascos de las bombas hallándose cadáveres de franceses por todas partes, en particular en la chopera del Carmen había cuatro casi difuntos, el uno quitada la mitad de la cabeza, todos los



Plano topográfico de Burgos y de su castillo. (Detalle).
(Archivo General Militar de Madrid).

sesos fuera, boca abajo, el otro las tripas de fuera, y a respectivo los demás muertos, y quitadas las vidas con sus mismas invenciones dañadas y depravadas ¡prodigios de la Santísima Trinidad!”.

En definitiva, todo parece indicar que por error de cálculo, accidente fortuito u otras causas, la explosión se produjo antes de lo esperado por los franceses y ocasionó importantes bajas entre ellos y, al parecer, ninguna entre los burgaleses.

4.- Consecuencias de la ocupación.

A partir de ese día la capital burgalesa se va a ver, por fin, definitivamente libre del dominio extranjero. Con los franceses marchan al exilio varios miles de españoles –unas 12.000 familias-, y entre ellos algunos burgaleses, que se han caracterizado por su apoyo al régimen josefino: los afrancesados. El Arzobispo de Burgos que presidió la jura de la Constitución de Bayona fue uno de ellos. Tal vez Pedro de Isla, también diputado por el Real

Consulado. Salvá nos indica quiénes habían abandonado la ciudad en 1812 al retirarse momentáneamente los franceses: “el Intendente Blanco de Salcedo, el Corregidor Urquijo, el Secretario del Ayuntamiento, Vivanco, el Gobernador eclesiástico, Arribas, y algunos regidores”.

Aquellos que no habían desempeñado cargos importantes, aunque hubieran prestado juramento de fidelidad, como era preceptivo, al rey José, permanecieron casi todos en la ciudad, aun expuestos a posibles persecuciones o represalias, que en varios casos se produjeron efectivamente. Se apunta así ya una situación que va a ser habitual en los próximos años, centrada entonces en la pugna entre absolutistas y liberales.

El fin de la guerra en la provincia permitió hacer balance de los negativos efectos que la ocupación había tenido sobre la misma. Una exposición de la ciudad dirigida a Fernando VII en 1820 resume perfectamente, aun contando con la lógica exageración calculada para obtener mayor ayuda real, las consecuencias de la ocupación:

“...en los seis años que constantemente la ocuparon los ejércitos franceses, además de los inmensos daños que consiguientes a la esclavitud sufrió de su tiránico gobierno, fue tal el destrozo de sus edificios que hoy se ve en falta de más de 800 casas, cinco parroquias magníficas y nueve conventos que arruinaron dentro de su casco, sin (contar) otros muchos que dejaron maltratados y de muy costosa reparación; con los materiales de estos hermosos edificios, fortificaron un hermoso castillo, que existía en la cima de una montaña que domina la ciudad... a costa de los pobres habitantes... que hicieron servir como bestias de carga, para que pusiesen al pie de las fortificaciones los mismos despojos que habían constituido su abrigo y habitación...”.

El resto de la provincia sufre también las consecuencias de la guerra. Es raro el pueblo o la aldea que no tiene el recuerdo de los destrozos realizados por los invasores. En Aranda las “mil profanaciones y tropelías que en iglesias, casas y bodegas cometieron entonces han constituido por muchos años el objeto principal de los relatos de los viejos, así como también los desquites que se tomaban los arandinos, quitando de la escena cuantos franceses podían hacer desaparecer a mansalva”. Ese mismo sentimiento se constata en Miranda y en cualquier pueblo de nuestra geografía, siendo innumerables las huellas que sobre iglesias y edificios ha dejado la “francesada”.

Por lo que se refiere a los daños o a la desaparición de obras de arte, bibliotecas o archivos, las repercusiones son incalculables. En 1814 se formó un expediente por orden del Gobierno para investigar el número y tipo de objetos de arte sustraídos por el enemigo, pidiendo a cada iglesia y convento relación exacta de lo que faltaba. Ello permitió obtener la devolución de un buen número de obras de arte, pero aun así los daños fueron cuantiosos. Desaparece, así mismo, una enorme y rica documentación de los Archivos municipales, parroquiales o de los mismos conventos, esparcida en los saqueos o simplemente empleada para calentarse y muchas bibliotecas resultaron completamente desmanteladas.

También sufre el arbolado que rodeaba la Ciudad y el de numerosos pueblos de la provincia, bien porque un trasiego tal de hombres y caballos inevitablemente debía dejar su huella, bien por las necesidades de leña para las largas y frías noches invernales y hasta por razones estratégicas, que llevaron al general Dorsenne a ordenar talar buena parte del monte de la Abadesa que servía de refugio a los guerrilleros.

Muchas fueron, en definitiva, las consecuencias negativas de la guerra, no todas ellas atribuibles a los franceses, pues en lo tocante a destrucciones y daños también los ejércitos aliados y los guerrilleros tuvieron su parte de responsabilidad. A ello habría que añadir la ruina de las haciendas municipales, endeudadas hasta límites insostenibles y la quiebra y desaparición de pequeñas industrias, comercios y talleres, los negativos efectos sobre las cosechas, la escasez y el hambre. En definitiva, una economía esquilada de la que provincias como la burgalesa tardarán muchos años en recuperarse.

No todo es, sin embargo, negativo en la ocupación y el reinado josefino. Con ellos llega un espíritu reformador plasmado en medidas como el establecimiento de la primera Audiencia de Burgos -una Junta Criminal, encargada de ejercer la jurisdicción en esta provincia y en la de Soria, independiente de la Chancillería de Valladolid-, se inicia la desamortización eclesiástica regular, aunque los compradores al final perderían sus inversiones, además de ser tildados de afrancesados, se introducen medidas de tipo urbanístico, sanitario e higiénico, se proyecta la creación de dos liceos, uno para muchachos y otro para niñas, un Archivo militar general y una Biblioteca pública, etc. Una mentalidad que contribuye, en fin, a la crisis del Antiguo Régimen y al despertar de la ideología liberal.

LA GUERRA DE GUERRILLAS

1.- Caracterización e importancia.

La importancia militar de la guerrilla fue inmensa y en ello están actualmente de acuerdo todos los historiadores. Aymes asigna las siguientes funciones a los grupos guerrilleros: interceptar convoyes enemigos, atacar a destacamentos aislados o puestos avanzados; control de los caminos y protección del correo; robo de víveres y armamento y, finalmente, la creación de un clima de terror en los soldados franceses. Incapaces de mantenerse en campo abierto ante tropas superiores en número, armamento y preparación, los españoles compensaron esas deficiencias con la actuación guerrillera, que a la larga resultó mucho más eficaz. Se cuenta, por supuesto, con el apoyo de la población civil, cuya beligerancia aporta servicios como abastecimientos, información o sanidad. Mientras los franceses deben ocupar materialmente el terreno para afirmar su dominio, los españoles no lo necesitan y lo que, en definitiva, se busca y termina por conseguirse, es mantener una guerra de desgaste que acaba siendo más perniciosa para el enemigo que la derrota en una batalla campal. No olvidemos que el grueso de las tropas francesas –siempre más de las cuatro quintas partes- se consume en servicios de protección frente a las guerrillas.

2.- La acción de la guerrilla en la provincia de Burgos.

La provincia burgalesa, aunque ocupada durante todos estos años por los franceses, contó siempre con una intensa actividad guerrillera. Julián de Pablos actuaba por la zona de Lerma; un tal Benito operaba por



Juan Martín Diez, el Empecinado

Pancorbo; Fray Francisco de Echevarría, cartujo y uno más de los muchos miembros del estamento eclesiástico que optó por empuñar las armas, lo hacía en torno a Briviesca. Saturnino Albuín, natural de Tordesillas pero que luchó en esta región, acabó pasándose a los franceses, tras su captura en 1812.

Sin embargo, los guerrilleros por antonomasia que operan en esta tierra son Juan Martín “el Empecinado” y Jerónimo Merino. Personajes muy dispares pero que simbolizan, como las dos caras de una misma moneda, la división de este país en dos bandos irreconciliables: liberales y absolutistas. La guerra de la Independencia

les unió, sin embargo, frente al enemigo común y ambos se convertirán, operando el primero entre las dos Castillas y centrándose Merino en nuestra provincia, en azote para los franceses que siempre fueron incapaces de contrarrestar sus rápidos movimientos, y sus audaces golpes de mano.

Presumiblemente Juan Martín hubiera terminado sus días como campesino y Merino como cura de aldea, de no mediar la guerra que va a sacar a la luz sus innatas capacidades para la acción militar. Comenzaron como simples guerrilleros, acompañados de unos pocos hombres, y terminarán mandando auténticos ejércitos, convertidos en auténtica pesadilla para los franceses. Ambos eran obstinados, audaces, magníficos jinetes, dotados de una austeridad y resistencia física que les permitió en más de una ocasión sorprender o escapar del enemigo.

El Empecinado empieza actuando en el sur de la provincia burgalesa, entre Lerma y Aranda. Extiende pronto sus actividades a Segovia, Ávila y Salamanca, recibiendo en Ciudad Rodrigo el nombramiento de capitán, en 1809. Pasa luego a Valladolid, siendo herido –una de las varias veces que resultó alcanzado por el fuego enemigo a lo largo de estos años- en Pedrosa

del Rey, por lo que se retira a Fuentecén para recuperarse, pues allí se siente seguro entre sus paisanos. Recibe instrucciones para marchar hacia la provincia de Guadalajara, que a partir de ese momento se convertirá en su centro de operaciones y desde donde actuará, dando muestras de una extraordinaria movilidad, sobre Aragón y Levante.

Poco a poco, la base de la guerrilla que inicialmente había estado compuesta por burgaleses y castellanos va siendo sustituida por alcarreños que se niegan a salir de sus comarcas de origen, lo que le planteará más de un problema, al querer cumplir las órdenes de la Junta o las de Cádiz.

Por su parte, Jerónimo Merino operó sobre toda Castilla, aunque situando su centro de operaciones en tierras burgalesas. Empezó a armar su partida con ayuda del Empecinado y pronto su movilidad y su manera de reclutar gente –arrieros, campesinos, leñadores y pastores en su mayoría- le convirtieron en un peligroso enemigo para el ejército ocupante. Su especialidad eran los asaltos por sorpresa y los correos que iban escoltados y no entraba en acción si no estaba seguro de la victoria, por lo que sus actuaciones se cuentan por éxitos, mientras que Juan Martín fue derrotado en algunas ocasiones.

A principios de 1809 colabora con El Empecinado para tomar Roa, en cuya acción participan diez partidas controladas por ambos y recurriendo a una estratagema para hacer salir a los franceses de la villa fortificada. Traza un plan de operaciones a partir de las sierras que rodean a Burgos por el sur y consigue dificultar extraordinariamente las comunicaciones con Madrid, lo que no le impide, además, actuar frecuentemente en la ruta entre Burgos y Valladolid. En 1810, ya como teniente coronel, combate en Dueñas, Torralba y Villaceros, Estépar, Hontoria del Pinar, Quintana del Puente, los pinares burgaleses y sorianos, entrando en Almazán en el mes de julio. Su actividad es frenética, luchando en la provincia de Segovia, atacando a la guarnición de Soria en Torralba, rodeando Aranda y paseándose cerca de Burgos en cuyas inmediaciones sorprende un convoy entre Rubena y Villafría.

En 1811 desciende de las montañas para acercarse a Segovia, moviéndose incesantemente sobre un campo de batalla cada vez más amplio, pero volviendo siempre a su centro de operaciones. Esta gran variedad de desplazamientos tenía un fin táctico que era engañar al enemigo y exigía



Mapa geográfico de una parte de la provincia de Burgos... (Detalle).
 (Archivo Municipal de Burgos).

un perfecto sistema de vigilancia e información que eran claves para explicar la cantidad e importancia de los golpes asestados a los franceses. Dentro de la propia ciudad de Burgos contaba con una red de espionaje que se comunicaba fácilmente con el campo guerrillero y que le permitía operar en sus alrededores y realizar de alguno de sus audaces golpes de mano.

Merino prosigue su carrera victoriosa durante 1812, uniéndose a Wellington en las fallidas operaciones de asalto al Castillo, en las que sus hombres se distinguieron especialmente, prosiguiendo después las acciones por su cuenta y recibiendo en junio de ese año el ascenso a Brigadier, de manos del General en Jefe del 7º Ejército, Gabriel de Mendizábal.

En 1813, su guerrilla, al igual que la del Empecinado, se integra en el ejército regular, participando en acciones como la toma de Roa, donde fusila a los afrancesados, en la batalla de Vitoria y en la liberación de Navarra, hasta que en julio reciba el nombramiento de Gobernador Militar de Burgos, puesto que desempeñó hasta marzo del año siguiente.

Félix Castrillejo Ibáñez
Profesor de H.^a Contemporánea de la Universidad de Burgos

BIBLIOGRAFÍA

General

- Artola, Miguel. Los afrancesados. Con un prólogo de Gregorio Marañón. Madrid: Turner, 1976
- Aymes, J. R. La Guerra de la Independencia en España (1808-1814). Madrid: Siglo Veintiuno de España editores, 1990
- Delgado, Sabino, editor. Guerra de la Independencia: proclamas, bandos y combatientes. Madrid: Editora Nacional, 1979
- Diego, Emilio de. España, el infierno de Napoleón: 1808-1814. Una historia de la Guerra de la Independencia. Madrid: La esfera de los libros, 2008.
- Dufour, Gérard. La Guerra de la Independencia. Historia 16, 1989
- Fraser, Ronald. La maldita guerra de España. Historia social de la Guerra de la Independencia. Barcelona: Crítica, 2006
- García Cárcel, Ricardo: El sueño de la nación indomable: los mitos de la Guerra de la Independencia. Madrid: Temas de Hoy, 2007
- Gates, David. La úlcera española: historia de la Guerra de la Independencia. Madrid: Cátedra, 1987
- Mercader Riba, Juan. José Bonaparte, Rey de España (1808-1813): estructura del estado español bonapartista. Madrid: Instituto Jerónimo Zurita, 1983
- Tone, John L. La guerrilla española y la derrota de Napoleón. Versión de Jesús Izquierdo Martín. Madrid: Alianza, 1999

Burgos

- Albarellos, Juan. Efemérides burgalesas (apuntes históricos). Prólogo de Eloy García de Quevedo. Burgos: Diario de Burgos, 1984
- Barrios Fernández, Carlos Javier y Barrios Aguirre, Carlos José. La resistencia de las tropas francesas en el castillo de Burgos. Burgos: Olivares, 2000
- Borreguero Beltrán, Cristina. Burgos en la Guerra de la Independencia: enclave estratégico y ciudad expoliada. Burgos: Caja

Círculo, 2007

- Cassinello Pérez, Andrés. Juan Martín “El Empecinado”, o el amor a la libertad. Madrid: San Martín, 1995
- Castrillejo Ibáñez, Félix. Burgos en la Guerra de la Independencia y el reinado de Fernando VII. En Historia de Burgos (desde los orígenes hasta nuestros días), páginas 831-842. Burgos: Diario 16, 1993
- Castrillejo Ibáñez, Félix. La vida cotidiana de los burgaleses durante la Guerra de la Independencia. En Estudios de Historia y Arte: homenaje al profesor Alberto C. Ibáñez Pérez, páginas 183-188. Burgos: Universidad de Burgos, 2005
- García de Quevedo, Eloy. Las víctimas burgalesas de la Guerra de la Independencia. Conmemoración gloriosa. Burgos, Hijos de Santiago Rodríguez, 1937
- Gómez de Cadiñanos Núñez, Leandro. Burgos y su provincia en la Guerra de la Independencia y luchas fratricidas en el Siglo XIX, según algunos novelistas. Burgos: Aldecoa, 1956
- Gonzalo Gozalo, Ángel. El cabildo de la Catedral de Burgos en el siglo XIX (1808-1902). Burgos: Cabildo Metropolitano; Caja de Ahorros del Círculo Católico; Diputación Provincial, 1993
- Libros burgaleses de memorias y noticias. Joseph de Arriaga y Mata, Marcos Palomar. Publicados y anotados por Eloy García de Quevedo. Burgos: Imprenta del Monte Carmelo, 1931
- Pérez Galdós, Benito. Juan Martín el Empecinado. Madrid: Alianza, 1984
- Rebellón Sainz, Dolores Pilar. La ciudad de Burgos durante la Guerra de la Independencia. Memoria de Licenciatura presentada en la Universidad de Zaragoza, Facultad de Filosofía y Letras
- Salvá, Anselmo. Burgos en la Guerra de la Independencia. Burgos: Imprenta de Marcelino Miguel, 1913
- Sánchez Diana, José María. Burgos durante el reinado de Fernando VII (1813-1823). Burgos: Institución Fernán González, 1967





**Junta de
Castilla y León**

Biblioteca Pública de Burgos
C/. Valladolid, n.º 3
<http://bpburgos.bcl.jcyl.es>

Depósito Legal: BU-221-2008

LIBROS • DISCOS • REVISTAS • DVD • VÍDEOS • CD-ROM